



# SALADILLO

PCIA. DE BUENOS AIRES

Por †Profesora Nilda Rosatto

Año 1969

Recopilada por Profesor Rafael Stahlschmidt

*Bienaventurado el que comienza por educarse antes de dedicarse a perfeccionar a los demás.*

Juan C. Abella

**E**sta anécdota transcurrió hace ya un tiempo, calculo que allá por 1965/66. Todavía me causa una gran impresión lo que me ocurrió, lo que vi, pero más me asombró que lo que estaba frente a mi vista no fue un sueño; ni contado ni enseñado teóricamente. Ningún libro había de por medio, ni idea de dónde venían los bailes y las coreografías de bailes en una especie de fiesta de campo, pero que se notaba que era algo habitual algunos fines de semana, que justo me tocó pasar por allí. El tiempo hizo que esta anécdota me marcara, como otras que me ocurrieron a lo largo y ancho del país, en especial en lugares insólitos, cosa que me llevaron a adentrarme un poco más para estudiar con otra mirada sobre los hechos folklóricos, su significado, e introducirme en la ciencia, que también me incitó a la sorpresa por descubrir cosas que no eran tales como las había aprendido, y menos como se practica ahora. Su decadencia ha sido abrumadora, llegando al absurdo.

Esta anécdota no tiene valor ni sentido si se la lee como si fuera un “simple cuento” de algo que pasó una noche en la pampa bonaerense. Estudié, como muchos colegas, bailes nativos, pero también materias de las cuales se provee y nutre la ciencia del folklore. Eso me ayudó a razonar ciertas cuestiones que no podían ser tan así, más allá de lo que se “sabe de común de Don Williams John Thoms”, que parece que lo único que hizo es inventar la palabra, pero tuve el coraje de aceptar que lo que aprendí era una especie de aproximación al folklore, aunque no solo para “lucimiento” como se entiende. La razón, el estudio y la suerte –en cierto sentido- de haber tenido la oportunidad de viajar por gran parte del país, más la curiosidad, el gusto, me fui dando cuenta que lo que se hace en nombre del folklore no es tan así como se dice, y me refiero a los que estudian, no a los que bailan creyendo que es folklore, como tener bombachos anchos como polleras de mujeres con botas con taquito alto, bailando el malambo que las academias enseñan que es baile individual y de varón, y sale una multitud de varones golpeando atrocemente las pobres maderas de un tablao, e inventan coreografías que no dicen nada. Claro que no son todos –lo digo así para que no se “ojenda la paisanada”, y las damas golpeando atrocemente un bombo o echando humo por la boca. (fina ella)

Esta anécdota, caso que se me dio por pura casualidad, como tantas otras que tendría para contar, es un ejemplo de que lo que aprendimos no es del todo asegurado, por el

contrario, muchos enseñamos desde el desconocimiento. O sea, hacemos parafernalias, pero no estamos seguros que sean así. Lucirse con vestimentas de colorinches, zapateos torpes, parejas que no se miran, ausencia de cortejo, ataques y arqueos de cuerpos absurdos, utilización de elementos que nunca existieron para el baile folklórico como el sombrero calado, espuelas, facones, boleadoras, “estremecedores ataques de bombos”, aceleración epiléptica de los bailes, es de todo menos folklore. Ahora bien, si hay a quien le guste, bien está, pero no es folklore.

De una vez por todas, debemos asumir que no somos “enseñadores”, somos “maestros” que no es lo mismo que “docente”. El maestro es el que enseña con la mayor aproximación a la verdad o a lo que la ciencia dice y con valores, y si no los sabe reconocer algo le falta. Enseña con la praxis, con lo que está más o menos seguro, con experiencia, con lo que no se juega cuando no sabe si es lo correcto. El maestro no es engreído, solo demuestra a sus alumnos que el saber no es cuestión de presumir sino de conocer que no por lucir somos sabios. Inventar tonterías es un absurdo

### -I-

Bueno, hechas estas aclaraciones, vamos al fondo de esta historia, anécdota que me dejó marcado por el resto de mi vida, como algunas otras. En una oportunidad por esos años, fuimos a un festival de Historia de Bailes Folklóricos con un grupo de profesores de la Escuela que dirigía, y ya de vuelta, de noche íbamos en un últimos modelo de Rambler Rural, desde de las proximidades de Villa Gessel hacia Córdoba, por la Ruta 63, pasando 25 de Mayo, rumbo a Bragado, todo en Provincia de Buenos Aires, cuando me fijé en la hora, eran eso de las 22,00 hs, yo conducía mientras mis compañeros dormían; sentí hambre, y decidí parar para comer algo liviano, tomar algo, y comencé a fijarme para encontrar algún lugar, cuando vi a la vera del camino una casa antigua, ventanas grandes con luces opacas que salía de adentro -que no tenía las lucecitas de colores esas que usted sabe- y me dije “aquí veo si hay algo, rápido, y sigo”, pensando que mis compañeros seguirían durmiendo. Lo que no sabíamos -todos- era que nos íbamos a ir a las 3 de la mañana. Miro hacia mi izquierda y veo no muy lejos, luces, así que pensé que era un poblado, detuve un poco la marcha, y lo primero que observé eran dos caballos atados a un palenque. Me detengo, agua me van a dar, imaginaba; mis compañeros se despertaron y estuvieron de acuerdo de bajar; pero al hacerlo y acercarnos a la puerta nos encontramos que era una verdadera pulpería de verdad, con parroquianos y todo, tenía todo lo que había visto en fotos y dibujos, sin las rejas del mostrador, pero tenía el estaño.

Antes de entrar, miré al cielo, y vi una refulgente noche estrellada única, y con la poca luz reflectora quedé extasiado de esa belleza de cielo que caracteriza la pampa bonaerense, con una cruz del sur brillante y titilante en el universo. Mis compañeros, más dormidos que despiertos, medio que no les interesaba nada, de hecho, dos de ellos volvieron al auto, y entramos tres a la estancia. No podía sacar los ojos de dos hermosos caballos criollos en el palenque. Entramos a la pulpería. Prilidiano Pueyrredón no lo hubiera pintado mejor a ese paisaje interior y exterior. El pulpero acodado en el mostrador, mascando hojas de tabaco, ni se movió cuando nos vio entrar, paisanos sentados, quietos, mudos, tomando “algo” (no sé qué era, según me dijeron después que era ajénjo y giñiebra).

Un par de ellos jugando “a la mosca”, y los otros alguna palabra decían, pero, créanme, “dolía el silencio”. Obviamente me di cuenta que ellos, sin levantar la cabeza, nos

“relojearon” de entrada. Miré a mí alrededor, el disimulo propio del criollo era latente, me acerqué a la barra y pregunté al posadero, sin poder disimular mi condición de pueblerino:

-“*buenas noches señor, ¿tendría algo para comer y tomar, algo liviano porque estamos en viaje, sabe?*”.

Mis compañeros miraban alrededor, y adivinaron las sonrisas disimuladas de los parroquianos, pero sin malicia ¿qué sabe estos mocitos de la ciudad, en donde se cree que está? se habrán preguntado. El posadero, imperturbable, me miró con cara de ¿y estos de dónde salieron? Se sacó el “armado” que tenía en la comisura de la boca, con fuerte olor de tabaco, mientras mascaba el acullico del otro lado. Esperó unos segundos –eternos- para contestarme, y dijo:

-“*nada*” (y siguió mudo).

Entonces casi rogando, conté de nuestro largo viaje y lo que nos esperaba todavía, entonces me dijo:

-“*mire don, si quiere, espere y les preparo una costeleta, pero a las cenizas*”,

-¡¡¡bueno!!!, dije, y mis compañeros movieron la cabeza asintiendo, pensando en qué sería eso, pero a esa hora seguramente era manjar por el hambre que teníamos;

-*¿y de beber?*,

-“*cerveza y si se anima hay ajeno y giñiebra*”, dijo en tono socarrón.

-*No, agua nomás*, dije.

Me hizo seña con la cabeza de que ocupáramos una silla, se acercó y puso algo parecido a un plato, de lata abollado, y un jarro metálico sin manija, y una botella ¡¡¡de vino!!! con agua. Mientras esperábamos y mis nervios aumentaban, tamborileaba con mis dedos sobre la mesa cubierta con papel de estraza, observando las cabeceadas de mis compañeros. Al rato, no menos de 20 o 25 minutos calculo, se acercó y apoyó no muy suave una costeleta, blanca de cenizas, a cada uno de nosotros. Ni pregunté, era obvio que fue cocinada al rescoldo. Y atacamos, mientras observaba de reojo, y con extrema velocidad calmaba mi apetito, fui levantando los ojos y vi como todos nos miraban como “chanchito verde”, y me entró un sentimiento de vergüenza, porque ¡¡claro!!, estábamos de mocasines, jeans, camisa a cuadros, reloj pulsera, lentes negros que asomaban de los bolsillos.

Bueno, aquí se acabaría el cuento, ¿pero que tiene que ver con lo versado en este?, que eso no fue lo que nos asombró de veras. Mientras terminábamos de comer, vimos que entraban señoras acompañando a señoritas (no sean mal pensados, eran niñas con sus madres), vigilando como en los viejos tiempos; algunos mozos con bombachos, alpargatas prolijas, algunos jovencitos “bian” llevaban botas, también hacían su presencia y afuera se iban agregando caballos al palenque. El único auto era el nuestro. Y una cosa que nos fijamos muy bien, todos se descubrían, se sacaban el sombrero o boina, y los colgaban en una especie de perchero, que era trozos de escoba clavado en la pared de ladrillos de barro.

Ana María y yo, estábamos mirando hacia la entrada, y Horacio y Rafael de espaldas, o sea que teníamos nosotras visión directa. Nos dimos cuenta que en un santiamén se llenó la pulpería, siendo más o menos las 22,30 hs, cuyo piso era de tierra, regada con aceite de auto para endurecerla, y que, recién nos dimos cuenta que las mesas estaban apoyadas contra la pared todo alrededor del local, y el bullicio se generalizó. No salíamos del asombro, y menos aun cuando, de pronto, ¡acordes de guitarra llenaron el ambiente!, y una hermosa milonga pampeana llenó el lugar.

¡¡Que belleza por Dios!! qué cosa estupenda ver y escuchar algo realmente telúrico, paisanos gozando con una “milonga sufrida”. Y nuestro asombro no terminó, vendrían varios más, después; el guitarrero tocó y cantó un Triunfo Galopante, que así nos dijo un paisano que se llamaba, que no hizo intención de entablar conversación; nuestros ojos se abrieron ante lo increíble, esa mezcla de lo real con lo ficticio. Y ya sin dar crédito a los ojos, algunas parejas salieron a bailar, y ¡¡se armó el bailongo!, cada cual como se le daba la gana, sin coreografías: cielitos, escondidos pampeanos sin zapateo y con doble giro - ¡¡fíjese usted!!- con rodeos y galanterías; zapateos escobillados, suaves; luego sonó una Huella, con una delicadeza que no era lo que uno supondría para ese tipo de rudos hombres de a caballo (que fue lo que nos enseñaron), zarandeos delicados, párpados caídos de las damas y extremo cuidado de los mozos en sus pasos....., ¡¡no lo podíamos creer!!!....., pero, había un problema, teníamos que seguir viaje.... ¡Qué dirían los paisanos si supieran que éramos profesores de Folklore!, no lo quiero ni pensar.

Recordaba lo que me habían enseñado en la Escuela de Folklore, y lo que enseñaba ahora comparado con lo que veíamos, y sin lugar a dudas “eso que veía era distinto”, sin parafernalias, con coreografías que solo indicaban galanterías. Por primera vez y única en mi vida, vi bailar una Huella con pañuelo; vi como un paisano cambiaba su pañuelo por uno rojo a uno de los parroquianos, que en “ese momento” no entendí. Y se armó la bailanta, una verdadera, como cualquier otra pero con música de folklórica, y me queda la duda si no era de verdad folklórica porque no sé si las letras que cantaban tenían dueño, pero les aseguro que elevaban el alma. Los Aires y Los Amores, El Cielito y La Patria, se bailaba mientras las parejas hacían gala de sus sentimientos.

No existía eso de cambio de parejas y cosas inventadas. Se notaba a la legua que las matronas “fichaban” pero los jóvenes se enviaban señales con sus pañuelos, y movimientos coreográficos. ¡¡No, no puede ser!!!, me repetía....., pero lo estaba viendo..... Mis compañeros tampoco se movían, paralizados por la belleza que contemplábamos. La suavidad y delicadeza de sus movimientos serían la envidia de más de uno de danzas clásicas, ni hablar de los que enseñan.

Piso de tierra, pero no había pizca de polvo. Zapateo delicado con escobilleo, sin ningún golpe brusco ni saltos, que con sus alpargatas ya desfleadas algunas y otras nuevas domingueras, con polainas de lona, realizaban figuras sin mover el cuerpo que era una belleza verlos. Y las damas, sin hacerse las vergonzosas, nada más que lo suficiente, guardaban un recato digno de lo femenino.

Hubo un alto de repente, y me dije “se acabó”, pero no, hubo unos minutos de descanso y llegó el momento del vals, se formaron las parejas, y aseguro que en Viena no lo bailaban con tanto donaire, floreaban las polleras con la dama abandonada en los brazos del

hombre, giraban, giraban, a medio tiempo, y las guitarras tratadas con mucha dulzura, nos quedaba la duda si sabían que era una corchea, pero no les hacía falta, y....., ambos con un pañuelo en la mano, izquierda y derecha, juntos de igual color; otros con pañuelos en distintas manos y colores, cosa que me llamó la atención....., pero no iba a ser yo quien preguntara algo. Obviamente estaba absorta, ¡¡esto no me habían enseñado!!, pero que hermoso que resultaba, ¿en qué academia habrán estudiado?, ¡¡pavadas!!!, era puro sentimiento.

El tiempo no existía para mí, un sueño era mi interior. Rafael me decía que ya era hora de irnos, pero yo no lo atendía. Nunca creí que se pudiera bailar con esa delicadeza. Sus movimientos eran diferentes para la misma danza, pero se notaba que se mantenía la prestancia sin alharacas ni actitudes de equilibristas. Pero en mi corazón estallaba lo que me habían enseñado, y eso que fue antes de esos disfraces actuales de los gauchos rocanroleros, y me decía: “esto se parece pero no es igual”. La Patria, la Huella, pero lo que más asombro me causó fue que en ningún momento malampearon a lo ruso los varones, y las damas con un recato digno de ballet movían sus polleras revoloteando en el aire, y de pronto, el guitarrero, después de un breve descanso, hizo sonar esas cuerdas y comenzó a tocar una pieza que después me enteré era La Refalosa, pero, los varones quedaron al medio y las damas se sentaron, ¡¡se bailaba entre varones!!, sin mujeres.

¿La Resbalosa sin mujeres?, me acerqué a un paisano sentado a mi izquierda y le pregunté:

– ¿qué baile es este?

– “La Refalosa” me contestó serio,

– ¿La Resbalosa?, dije....., entonces sí me miró, como diciendo ¿quién es este bruta?...

– “no niña, se llama La Refalosa, como suena”,

y siguió mirando como si nada. Ahí caí en la cuenta que La Refalosa bailada UNICAMENTE POR VARONES era por su VERDADERO SIGNIFICADO, y lo peor de todo es que me faltaba mucho por aprender. Aquí sí los movimientos eran bruscos, tres varones giraban simulando con la vaina como si tuvieran facón en mano, rodeaban a otro que no quería dejarlos acercar, imprimiendo con una especie de escobilleos el impedimento. Giros y contragiros, vueltas perseguidas, un amague de zapateo, hasta que la crueldad triunfa, y lo toman al atacado y simulan “refalar el cuchillo por la garganta”, cayendo al suelo y los otros tres varones repican y quedan al centro. ¡Qué ganas de preguntar en que academia lo habían aprendido!, pero seguro me dirían que era una estúpida, o al menos lo darían a entender. La música, siempre con un solo guitarrista, parecía una especie de retreta del desierto mezcla con una Campera –otro baile fortinero, que se bailaba entre soldados en la soledad del desierto para entretenerse con los compases de un tambor que hacía tronar el pulpero. Aplausos, gritos de

- ¡iu juy! ¡iupaaa!, ¡bravo’pañero!

- Ana María, ¿estás viendo?, ¿y nosotros como hacemos ahora?....., dije

- *No lo sé, tendremos que averiguar, no sé cómo. Lástima que los otros dos están durmiendo.*

Es que no puede ser verdad. ¿qué estoy viendo?, ¿a quién le pregunto que era todo eso?

Cualquier cosa que hiciera parecería un pueblera ignorante, que lo era, y tampoco teníamos mucho tiempo. Pero, hubo también otra cosa que nos llamó poderosamente la atención; todos los bailes de parejas mixtas, eran con pañuelos, usados o no en la coreografía, pero lo tenían en la mano, siempre del mismo lado. Otras parejas no. No se bailó zamba, ni chacarera, ni nada. Solo bailes con la claridad de la pampa, la del paisano, ese paisano que a caballo le duele el ruido del silencio. Esos bailes hermosos y dulces de la pampa bonaerenses, y que a veces nosotros las desarmamos bruscamente. Al día siguiente, volverían todos al trabajo, y hasta la próxima.

-¿Estoy soñando? ¿En dónde estoy?, en Saladillo, me contesté in mente. Miré mi reloj y vi que era ya las 0200 hs y miré a mis compañeros y les hice señas que nos fuéramos. En ese momento en que nos disponíamos, comenzó a sonar otro baile con un ritmo de vals más carenciado, ejecutado por dos varones; o sea que ya iban tres bailes de varones solos, tocados por dos guitarristas de “reemplazo”, que debían haber “estudiado” guitarra con las vacas, pero con un estilo de ritmo extraordinario, al menos para mi gusto. Nuevamente salieron todos a bailar, todos, los más “viejos” con las señoras, el mismísimo patrón con una de las señoronas, y me di cuenta que la fiesta se acababa estaba en la culminación, que no lo era, sino un alto antes de terminar la jornada.

Esperamos, pensando que nuestro asombro no impediría que condujera el auto. Eso era de otro mundo o yo no había estudiado nada. En ningún momento, vimos que algún joven fuera torpe, saltarín y pirulero, sino que siempre fue la suavidad lo que lo caracterizó, con una simpleza pero una belleza que ni en mis peregrinas me imaginaba. ¡¡Pensar que en la ciudad se bailaba con ropas de húngaros, rusos, etc, como se puede observar en cualquier lado que dice que son academias o escuelas de folklore, y eso que hace muchos años atrás de este acontecimiento, si se viera ahora!!! No nos podíamos ir, y decidimos quedarnos hasta que terminara, que lo hizo a eso de las 0300 am, después de ver bailar Triunfos, Escondidos, Huellas, Camperas, valeses y Refalosa.

Nos fijamos muy bien que todas las parejas hacían figuras similares, pero ninguna igual a otra, porque no la sabían y vaya a saber si tenía como el caso de La Campera (que por primera vez la sentíamos nombrar). Ahí me di cuenta que, o ellos o yo, alguno no sabía nada, y obviamente era yo, mejor dicho, nosotros. En todo momento, excepto La Refalosa, el asunto no era el lucimiento del baile, sino la conquista. ¿La Refalosa?, sembró tal curiosidad en mí, que apenas llegué a Córdoba me puse a estudiar, y en la Biblioteca de la Universidad encontré antecedentes en Argentina de una danza que se llamaba así, y aseguro que me llevó tiempo y estudio aprender su origen. Baile de aproximadamente del año “30 del Siglo XIX, que emulaba, según la historia falsa de Sarmiento y Mitre, cuando los Colorados del Monte, cuerpo de policía militar del Brigadier General D. Juan Manuel Ortiz de Rozas degollaba a los prisioneros, y estos sabiendo lo que les pasaría, trataban de esquivarlos mientras los colorados lo rodeaban hasta que era atrapado. ¡¡Con razón era de

varones solos!!...., pero ¡¡eso no me enseñaron!!!, ni tampoco lo enseñan, es más se enseña cualquier cosa que quede linda, pero nada más tétrico que ese baile, pero ¿sabe qué?, es de pura raíz folklórica.

Es más, lo ridículo es nos enseñaron una danza dulzona..... Con mucha pena me levanté, enfilé para el lado del pulpero pero antes pasé por el lado del guitarrero, y me creí en la obligación de decir cualquier pavada, tenía que preguntar cualquier tontera y le dije:

– *“lo felicito paisano”*, me miro, no me dijo nada, movió la cabeza y apoyó sus dedos para comenzar otra pieza. Entonces no quise quedar así, y le pregunté como buen tonto, como esos que hay en las academias:

– *“dígame paisano, ¿consigue cuerdas por aquí?”,* y allí si levantó la cabeza, me miró como diciendo ¡¡que estúpida!!!, cosa que era cierto, y dijo como ofendido (si no lo estaba):

– *“mire niña, aquí no hay cuerdas de esas finas, aquí las hacemos nosotros con tripas de gato montés”*,

quedé muda, no pregunté nada más, y me acerqué al pulpero preguntándole cuanto le debía. Me miró, y me dijo muy serio:

– *“aquí no se cobra al que llega con hambre y menos si es forastero”*.

No quise insistir por temor al riesgo de recibir otra lección de las muchas que logré, y por si me pasaba como con el guitarrero; le di la mano, me di vuelta, todos nos miraron al ver que nos retirábamos, cortaron el baile, se detuvieron don respeto y salimos a las apuradas.

Afuera había unos 4 o 5 paisanos, fumando de armado, y se sacaron el sombrero cuando pasamos a su lado:

– *“buenos noches señores”*, dijimos con nuestra mejor voz les dije,

– *“buenas y santas noches tengan ustedes”*, contestaron, y encaminamos hacia el auto.

¡¡santas noches!!!.¡¡¡Por Dios!!!.....¡¡¡qué educación!!!.....¿dónde estará la escuela y la academia de folklore de esos personajes?....¡¡no nos dijeron “hey man”..... Quedé inmóvil por unos segundos frente al volante, tratando de despejarme de lo que había visto. Encendí el auto y partimos, y juro que hasta el día de hoy es uno de los acontecimientos que me incentivaron a seguir estudiando e investigando sobre el folklore, porque era esa la necesidad que me había demostrado la paisanada. Al partir, alcanzamos a escuchar de nuevo la bailanta.

Hoy, al recordar esos momentos no digo que lagrimeo, pero alguna humedad siento. Siempre quise volver a Saladillo, a ver si conseguía buscar mejor explicación sobre aquello, pero después, estudiando, me di cuenta que la verdad era “que no sabía nada”, como “muchos otros” que todavía dicen La Resbalosa y deben creer que es una babosa. Aprendí

mucho en el Instituto Superior de Folklore, pero muchos conocimientos que logré fueron en su mayoría, por la praxis luego de forma empírica, de lo que aprendí viviéndola en mis muchas andanzas y anécdotas que tengo durante más de cuarenta años por el país. Siempre fui un curioso de lo nuestro, de lo telúrico. Y siempre quedaba con dudas porque no era exactamente como tenía idea.

Por supuesto, que así y todo, nada que ver con los bolazos seudo folklóricos de ahora. El Instituto lo que me dio, principalmente, fue el gusto, si se quiere, la pasión por el Folklore ciencia, por sus ciencias complementarias, por asegurarme con un poco de sentido común que las cosas no son tanto como se cuentan por aquellos “que no han visto”, que creen que lo que hacen los “chacareros bailaneros” es folklore. Decirles a aquellos que yo aprendí que La Resbalosa era un baile parecido a lo que enseñan, pero que la verdad se llama La Refalosa –gran diferencia- y es ¡¡un baile de varones solos!!, o sea que el malambo no tiene la exclusividad, aunque se puede ver que ahora se baila al estilo rumano, ruso, húngaro o tártaro; al menos no se reconoce la diferencia.

Hoy recuerdo todo, tal cual, hasta me parece saborear la costeleta, pero lo que más recuerdo, hasta lo podría describir, eran las coreografías de esos bailes que, estoy seguro, ninguno lo había aprendido en ningún lado, solo en esos bailes populares, tradicionales. Bailes que cuando uno ve en un festival absurdo, se da cuenta en el acto, que la estupidez no tiene límites. A los estimados lectores, les aseguro que todavía quedan rinconcitos en el país, en donde “se pueden aprender cosas folklóricas mejor que en una academia”, y no me da vergüenza decirlo, porque yo estudié en una escuela y en un Instituto Superior, pero no es igual.

Queridos amigos; baile todo lo que quiera y como quiera, pero le sugiero que se “quede allí”, no invente pavadas para justificar lo que hace. Diga que le gusta y se acabó; eso se llama sinceridad, lo otro es desconocimiento, necedad, y eso no solo es un tremendo daño a la cultura sino al sentir nacional. A los “enseñadores” de las academias, les dedico una frase de D. José Ortega y Gasset: “Siempre que enseñes, enseña a la vez a dudar de lo que enseñes”.....